

*Fiat manus tua super virum dexteræ tuæ* (a). Mientras Vos lo defendieréis, todas las Potencias del mundo, por mas unidas y conjuradas que estén, no prevalecerán contra él; y con vuestro divino favor no dudamos, Señor, conseguir esta paz saludable que os pedimos como uno de los frutos del nacimiento de nuestro adorable Salvador, y como un medio que nos ayudará á merecer la paz bienaventurada y eterna que gozan vuestros escogidos en la gloria, &c.

(a) Psalm. 79. v. 18.

## SERMON

PARA EL DIA DE TODOS SANTOS.

*Sobre la Santidad.*

*Mirabilis Deus in Sanctis suis.*

*Dios es admirable en sus Santos. Ps. 67. v. 36.*

SEÑOR.

**AL** considerar á Dios en sí mismo no podemos admirarle dentro de sí mismo, porque está demasiadamente elevado sobre nosotros, y demasiadamente grande. Como en la tierra no le conocemos sino en sus obras, tampoco (hablando propiamente) le consideramos admirable en la tierra sino en ellas. Pues la obra de Dios por excelencia son los Santos, y por consiguiente son principalmente los Santos donde nos parece Dios digno de nuestras admiraciones: *Mirabilis Deus in Sanctis suis.*

En efecto, de qualquiera suerte que miremos á los Santos Dios es admirable en ellos; y aunque no tuviera yo mas fiador de esta verdad, que solo el Evangelio de este día, ¿qué cosa mas admirable que haber llevado unos hombres á la posesion de un reino por el camino de la pobreza? ¿Haber hecho que hallen el gozo y el consuelo por medio de los llantos y de la adversidad? ¿Haberlos levantado por medio de las humillaciones á la cumbre de la gloria; y valiéndome de la expresion de San Ambrosio, haberlos beatificado con las mismas miserias? Pues ved ahí las divinas paradojas (si me es licito usar de esta voz) cuya inteligencia nos dá el Espiritu Santo en esta solemni-

dad,

dad, las cuales no hubieramos podido comprender jamás, si los Santos que veneramos no fueran una prueba clara de ellas. Ved ahí los milagros que ha hecho Dios en sus escogidos: *Mirabilis Deus in Sanctis suis.*

No obstante, amados oyentes míos, añado con San Leon Papa una cosa que me parece la mas eficaz para moveros; por lo que nos debemos interesar en ella como Christianos. Dios, dice este Padre, es particularmente admirable en sus Santos, porque al glorificarlos nos proveyó de un poderoso socorro, que es el de su proteccion, y al mismo tiempo nos puso delante de los ojos un gran modelo, que es el exemplo de su vida: *Mirabilis Deus in Sanctis suis, in quibus præsidium nobis constituit, & exemplum.* Cifome á este exemplo de los Santos para establecer sólidamente las verdades importantes que os he de anunciar; y sin hablar del socorro que podemos esperar y recibimos de ellos, quiero hacer que admireis á Dios por la providencia que ha tenido en ponernos á la vista estos ilustres predestinados, cuya santidad debe producir en nosotros tan maravillosos efectos para nuestra santificacion. Virgen Santa, Reyna de todos los Santos, pues sois Madre del Santo de los Santos; Vos en quien Dios se mostró soberanamente admirable, pues en Vos y de Vos se hizo hombre y tomó nuestra semejanza, haced que descendan sus gracias sobre mí. Mi asunto es inspirar á mis oyentes un zelo sincero, un zelo eficaz de adquirir esta santidad tan poco gustada, tan poco conocida, tan poco usada en el mundo, no obstante que es tan necesaria para la salvacion del mundo. No puedo salir mejor con esta empresa que valiéndome de vuestra intercesion, la que os pido dirigiendo á Vos la oracion ordinaria: AVE MARIA.

He comprendido en tres palabras (asi lo juzgo) tres motivos del mas justo sentimiento. ( ya nos muevan los intereses de Dios, ya sean los nuestros los que nos llevan la atencion ) quando dixé que la santidad tan necesaria para nuestra salvacion era poco gustada, poco conocida, y poco usada en el mundo. Mas tambien quiero consolaros, Christianos, añadiendo que Dios con su adorable sabiduría

ría

ria supo remediar eficazmente estos tres grandes males, poniendonos delante la santidad de sus escogidos, y destiándolos á que nos sirvan de exemplo. Explicome.

Esta santidad que Dios nos manda, y sin la qual no hay salvacion para nosotros, por un lamentable destino halla en los espiritus de los hombres tres grandes estorbos que vencer, y muchas veces les cuesta mucho trabajo el vencerlos; conviene á saber la disolucion, la ignorancia, y la cobardia. Hablemos mas claro y puramente. Hay tres suertes de Christianos en el mundo, que por la ceguedad en que incurrimos por el pecado están mal dispuestos en lo que toca á la santidad: los disolutos la censuran y pretenden infamarla: los ignorantes la entienden mal, y forman unas ideas falsas de ella en el modo con que la practican, ó por mejor decir en la práctica que juzgan que tienen de ella: y los cobardes la miran como imposible, y pierden la esperanza de conseguirla. Los primeros como malignos y criticos la hacen odiosa, y de eso proviene que se guste poco de ella: los segundos como groseros y carnales se forman de ella unas ideas no segun lo verdad, sino segun su gusto, ó segun sus sentidos; y de ahí nace que sea poco conocida: los terceros como flacos y de corto corazon se espantan de ella, y la abandonan á vista de las dificultades que en ella hallan; y de ahí nace que sea tan rara y tan poco practicada. Estos tres escollos peligrosos se deben evitar en el camino de la salvacion; pero nos preserváremos facilmente de ellos, si queremos aprovecharnos del exemplo de los Santos.

Digo, pues, y esta es la division de este discurso, que el exemplo de los Santos es la prueba mas eficaz para confundir la malignidad del disoluto, y justificar contra él la santidad verdadera. Digo que el exemplo de los Santos es la demostracion mas evidente para confundir los errores de un Christiano iluso y engañado; y para hacerle ver en lo que consiste la santidad verdadera. Digo que el exemplo de los Santos es el motivo mas poderoso para confundir la tibieza, y el desaliento de un Christiano cobarde, y obligarle á la práctica de la santidad verdadera. No tendré ra-

zon

zon para inferir de estos principios, que Dios es admirable en sus Santos, quando nos los señala por modélos? *Mirabilis Deus in Sanctis suis*. Hablo (digo otra vez) con tres géneros de personas, que pretendo que formen la debida idéa de la santidad Christiana: á los disolutos que la impugnan; á los ignorantes que no la conocen; á los cobardes que no tienen brio para practicarla; y muestro á los primeros, sin valerme de otro discurso, que (supuesto el exemplo de los Santos) su disolucion no tiene con que poder defenderse; á los segundos, que su ignorancia no tiene excusa; á los últimos, que su cobardía no tiene pretexto. Estas son las tres verdades que intento declarar. Atended.

### I. PARTE.

En todos tiempos la santidad mas verdadera y mas sólida ha sido el blanco de la malignidad de los disolutos y de su censura. En todos tiempos la han hecho guerra como sus mas declarados enemigos; y á este fin han intentado persuadirse á sí mismos, y persuadir á los demás, que no habia santidad verdadera en el mundo; ó á lo menos han hecho estudio de desacreditarla, confundiéndola con la falsa. Estos son los dos artificios de que se han valido para defender y autorizar, si hubieran podido, su disolucion contra la santidad Christiana, la qual no obstante eso ha sido y será siempre su condenacion delante de Dios y de los hombres. Estos dos artificios advirtió sutilmente San Gerónimo en una carta suya, en que se explica de esta suerte: *Lacerant sanctum propositum; & remedium pœnæ suæ arbitrantur, si nemo sit sanctus, si turba sit peremptum, si omnibus detrahatur*. Hablaba en particular este Padre de algunas personas que presumían de un espíritu sublime, y reprehendían temerariamente el proceder de Santa Paula, y la resolucion que habia tomado de dexar á Roma por ir á buscar su salvacion en el retiro, y en el destierro del mundo. Estas palabras son muy dignas de reparo, y tanto mas dignas de reflexion, quanto mas claramente muestran lo que sucede continuamente en nuestro

si-

siglo: *Lacerant sanctum propositum*. Como discurren según el mundo, decía San Gerónimo despedazan con sus donayres y sus murmuraciones las obras de mas edificacion y mas loables en honra de Dios que sus vicios ejecutan: *Et remedium pœnæ suæ arbitrantur, si nemo sit sanctus*. Creen que tienen bien defendida su disolucion, quando tienen el atrevimiento de mantener, que no hay quien sea santo en la tierra; que los que son tenidos por tales, tienen como los demás sus pasiones, sus vicios, y aún los vicios mas manifiestos; que los mas virtuosos están como ellos en el camino de la perdición, y que de todo el mundo se puede decir con razon que está estragado y pervertido. No solamente sospechan que puede suceder, sino que dan por sentado que sucede, y con esta suposicion tan extravagante como maligna se consuelan; como si la infame opinion que tienen de todo el género humano fuera justificacion de su maldad, y los hubiera de librar de todos los remordimientos interiores que habian de padecer infaliblemente, si el mundo les hiciera ver unos hombres verdaderamente virtuosos, cuya vida exemplar fuera una reprehension manifiesta de su impiedad y de sus desenfrenamientos: *Et remedium pœnæ suæ arbitrantur, si detrahatur omnibus*. Reparad bien si gustais en el pensamiento de este santo Doctor,

La primera injusticia que el disoluto hace á la santidad Christiana, es no querer reconocerla; es decir, pretender que lo que se llama santidad nada es menos que santidad en los hombres; que en unos es vanidad, en otros singularidad; en estos es despecho y melancolía, en aquellos poquedad y cortedad de génio; y en muchos, á pesar del exterior, fingimiento é hipocresía. Porque así se juzga, amados oyentes míos, en el mundo, y especialmente en la Corte; en ese mundo de personas de lustre y grandeza en que vivís, en ese mundo que puedo llamar compendio de todo el mundo, Mundo profano, cuya malignidad (bien lo sabeis vosotros) no quiere admitir virtud verdadera, no quiero reconocer lo bueno, quicre persuadirse que los que obran bien tienen otros designios en ejecu-

Tom. I. Adviento.

Cc

tar

tar lo bueno ; no puede creer que hay quien sirva á Dios por servirle, ni quien se convierta puramente por convertirse ; no vé exemplo de esto que no esté pronto á ponerle en duda , todo lo quiere censurar , y á fuerza de censurarlo todo no halla nada que le edifique. Malignidad , dice San Gerónimo, injuriosa á Dios , y perniciososa á los hombres : no dexéis de reparar esta reflexion, que os puede servir de grande provecho y utilidad.

Malicia injuriosa á Dios ; pues por ese camino se le quita la gloria que le es debida, atribuyendo á otros las obras, cuyo autor es él solamente , como nos enseña el Evangelio que lo solian hacer los Fariséos con el Hijo de Dios. Porque ¿qué es lo que hacian éstos? Atribuían á arte mágica los milagros de este hombre Dios: decian que lanzaba los demonios en virtud de Belcebú Príncipe de las tinieblas. ¿Y qué sucede en la Corte? Se atribuye sin diferencia á algun oculto interés la causa y el motivo de todo lo bueno que en ella se practica , de todo el culto con que Dios es venerado en ella , de todas las resoluciones que en ella se toman de tener una vida Christiana, de todas las conversiones que en ella se ven, de todas las reformas que en ella se conocen. Se atribuye el principio y el fin de todo esto á una política baxa y servil. Dicen , que un alma que movida de Dios empieza con sinceridad á componer sus costumbres, tiene alguna pretension , que en su proceder hay algun misterio , que esta mudanza es una representacion de teatro , mas que Dios tiene en ella poca parte. Pues si el modo de hablar del Fariseo es blasfemo contra Jesu-Christo , ¿el del mundo que así juzga y decide , es menos injusto y menos reprehensible?

Malicia perniciososa á los hombres ; pues de esa suerte se priva el mundano de una de las gracias mas eficaces en el orden de la predestinacion , que es el buen exemplo ; ó por mejor decir, en quanto depende de él destruye respecto de sí mismo esta gracia del buen exemplo. Las conversiones de que es testigo, y se le representan para hacerle volver en sí , no le sirven para otro efecto que para hacerle formar una muchedumbre de discursos , de juicios,

temerarios y mal fundados , para hacerle profanar lo mas sagrado con los donayres mas ofensivos , y aún muchas veces con las conversaciones mas impías. Dios lo permite para castigarle aquel espíritu de soberbia que le incita á hacerse tan rigido censor de la santidad, de donde se origina que está tan lexos de sacar algun fruto de los exemplos que tiene delante de los ojos, que antes endurece su corazón , se confirma en su vida desordenada ; se queda en su impenitencia , se obstina y se hace mas incorregible. Al contrario, las almas fieles andan con sinceridad en los caminos de Dios ; se aprovechan de lo bueno , suponiendo que es bueno aún á riesgo de engañarse en ello ; se edifican de las virtudes , aunque estén dudosos , teniéndolas por virtudes ; aún de esos mismos exemplos que se ponen en duda toman enseñanzas y reglas para sí mismas , teniéndose por felices de que los haya , y dando á Dios gracias , sin pensar en ponerlos á pleyto , porque dispone que los haya para su gloria , para el bien de sus escogidos , y para confusion de los licenciosos.

Porque ya he dicho Christianos , y vuelvo á decir que por presumida que sea la dissolution del mundo jamás podrá defenderse de algunos exemplos en que nada hay que tachar , los quales la ha puesto Dios en todo tiempo á la vista , y se los pondrá siempre para confundirla. Este gran número de testigos de los quales habla San Pablo, esta multitud innumerable de Santos cuya gloriosa memoria veneramos , es á favor de la santidad Christiana un argumento demasíadamente plausible , y una prueba demasíadamente clara y eficaz , para poder perder su fuerza por mas que lo procure la impiedad del siglo. Hay en el mundo hipócritas : bien lo sé , y por ventura sobradamente para no gemirlo ; Pero puede la impiedad del siglo servirse de la hipocresía para sacar de ella esta consecuencia perniciososa , que no hay en el mundo verdadera santidad? Al contrario, responde ingeniosamente San Agustin , de ahí mismo debe concluir que hay en él santidad verdadera , porque se hallan santidades falsas ; y la razon que de ello dá no tiene réplica : porque la santidad falsa , añade el Santo , no

es otra cosa que una imitacion de la santidad verdadera, como toda ficcion es imitacion de la verdad.

En efecto, las falsas virtudes nacen contra la intencion de Dios del abuso que hay al querer imitar las verdaderas. Habiendose aplicado el demonio à sacar en quanto ha podido unas obras parecidas à las de Dios, ha empleado sus esfuerzos en contrahacer la humildad verdadera con mil vanos fantasmas de humildad; la verdadera severidad del Evangelio con la aparente reforma de la heregia; el zelo verdadero con un zelo apasionado; la Religion verdadera con la idolatría y la supersticion. Prueba evidente, dice San Agustin, de que hay zelo verdadero, severidad verdadera de costumbres, humildad verdadera de corazon; en una palabra, verdadera santidad; pues es imposible contrahacer lo que no hay, y que las copias aunque falsas no supongan un original.

Pues asentado este principio, que hay verdadera santidad, la impiedad del siglo mas infame queda desarmada y sin defensa. El que esta santidad pura y sin tacha se halle rara vez en los hombres, que sean muy pocos en los que se encuentra, de ningun modo favorece al disoluto. Aunque no hubiera mas que un solo exemplo de ella, éste bastára para condenarle; y Dios con una providencia muy particular dispone que este exemplo solo, si así os parece, no falte jamás; y que à pesar de la iniquidad haya siempre alguno que el mismo mandado por su propia confesion no pueda dexar de reconocer.

Si, amado oyente mio, si llegais à ser tan infeliz, que sois del número de aquellos de los quales hablo y pretendo convencer, ese solo hombre virtuoso que conocéis y que decís que es el único en quien creéis, ese es el que se levantará contra vos en el juicio de Dios; ese solo os cerrará la boca. No tendrá Dios que hacer mas que ponersele delante, para convencerlos (mal que os pese) del prodigioso descamino de vuestra vida, y para hacer que conozca todo el mundo la vanidad, el poco fundamento, el desorden de vuestra disolucion. Vanamente intentaréis alegar para justificaros la hipocresia de tantos malos Christianos.

Aun-

Aunque haya habido hipócritas en el mundo os dirá Dios, no por eso debiais vos ser un impio. Aunque hayan muchos abusado de la santidad de mi culto, no habiais vos de dar en un extremo totalmente contrario, y abandonaros al arbitrio de vuestras pasiones. Porque no habia necesidad de ser uno ni otro: entre el hipócrita y el disoluto habia otro partido muy honroso que seguir, que era el de ser Christiano, y verdadero Christiano. El que aquellos que habeis tenido por virtuosos fingidos lo hayan sido ó no, es punto sobre el qual ellos han de ser juzgados; mas vuestra causa, que es totalmente distinta de la suya, no ha podido hacerse mejor por eso. Haya virtuosos, cuya devocion sea fingida ó sospechosa quanto quisieréis: despues de todo eso ved uno que no podeis recusar, ved uno que os confunde con vosotros mismos; porque ese justo que vos mismo habeis respetado, ese justo en el qual vos mismo habeis reconocido todas las señas de una piedad sincera y solida, ¿por qué no le habeis imitado? ¿por qué no habeis hecho de sus exemplos el modelo de vuestra vida?

Esto digo yo que bastára para cerrar la boca à la impiedad. Bastarán estos Santos que Dios nos pone à los ojos en la tierra; aunque raros y singulares; estos Santos digo que, no solamente glorifican à Dios en la tierra, sino que tienen la suerte de merecer ser generalmente aprobados de los hombres; estos Santos cuya virtud es tan sin ficcion, tan sincera, tan pura, tan manifiesta y universalmente canonizada, que la misma disolucion se halla forzada à reverenciarla. Porque ciertamente los hay, y por mas viciado que esté el mundo, están en medio de vosotros: vosotros sabeis bien conocerlos entre los demás, y no os engañais en el juicio que haceis de ellos quando los discernis.

Pero digo mucho mas, y en lugar de un justo, cuyo exemplo pudiera bastar, me descubre Dios el dia de hoy una multitud innumerable de justos, y me dá otras tantas pruebas contra vosotros. Se me abre el Cielo, y levantándose sobre la tierra me muestra aquellas tropas de escogidos que una santidad experimentada, acrisolada, consu-

ma-

mada, hizo ascender á la elevacion mas alta de la gloria. Unos hombres, dice San Juan Crisóstomo (inducción admirable que os ha de dar golpe en el corazon) unos hombres en los cuales la santidad no fue complexion; pues reformó, mudó, destruyó en ellos la complexion; ni genio, pues no los hizo santos sino haciendo guerra, reprimiendo, mortificando continuamente su genio: ni politica, pues los obligó á atropellar todos los respetos humanos; ni interés, pues les hizo renunciar todos sus intereses; ni vanidad, pues de algun modo los hizo nada, y no llegaron casi todos á ser Santos, sino ocultándose en las tinieblas; ni despecho, pues las mas veces los arrancó y los apartó del mundo, quando se hallaban mas cerca de gozar sus propiedades y gustar de sus dulzuras; ni falta de ánimo, pues les hizo tomar las resoluciones mas generosas, y abrazar las mas heroicas empresas; ni corteo de genio, pues sufriendo, muriendo, sacrificándose por Dios ostentaron una grandeza de alma que admiró la misma infidelidad; ni hipocresia, pues estaban tan lejos de querer parecer lo que no eran, que todo su cuidado le ponian en esconder lo que eran. Unos hombres que formó la ley Christiana, y cuya santidad reconocida sin disputa es de un orden tan superior á quanto la filosofía de los paganos, no digo solo practicó, sino á lo que enseñó, á lo que imaginó, á lo que quiso fingir, que el exemplo de estos héroes Christianos, cuya fiesta solemnizamos esta (en opinion de San Agustin) una de las pruebas mas incontestables de que hay Dios, una Religión, una gracia sobrenatural que obra en nosotros. ¿Por qué? Porque una santidad tan elevada como esta no puede nacer de una naturaleza tan estragada como la nuestra; porque la Filosofía y la razon no pueden alcanzarla; porque sola la gracia de Jesu-Christo puede elevar así á los hombres sobre todo lo humano, y de consiguiente es obra de Dios. Esto es lo que la Iglesia Militante celebra hoy en esta solemnidad que augusta que consagra á la Triunfante. De esto está lleno el Cielo. Estos son los exemplos memorables, cuya memoria no borrará jamás la impiedad, y contra los cuales

no ha de prescribir. Exemplos convincentes, á los cuales es preciso que se rinda la disolucion; y que eternamente confundirán la soberbia del mundo. Milagros, Dios mio, de vuestra gracia, de los cuales me valgo aquí para estender por lo menos en la Corte del mas Christiano de los Reyes los sentimientos de respeto y veneracion debidos á la verdadera piedad. Dichoso yo si pudiera desterrar de ella este espíritu mundano, que siempre está declarado contra los que os sirven, ó por mejor decir, Señor, que siempre está declarado contra vuestro servicio. Dichoso si pudiera destruirle en todos los corazones, si pudiera desengañar á quantos me escuchan, y darles una vez á entender la fuerza que tienen para alejarlos de Vos, y quanto en efecto los alejan de Vos aquellos juicios sinieistros de que se dexan los hombres preocupar tan facilmente, y de los cuales se dexan llevar con tanto gusto. La segunda injusticia que hace á la santidad el disoluto no consiste en negarla, sino en infamarla, y hacerla odiosa, atribuyéndola defectos imaginarios, y valiéndose de ellos para desacreditarla. Porque (como repara el sábio Cancellor Gerson, Varon sobresaliente entre todos los demás, y esclarecido en la ciencia de las costumbres) no están á cargo de la santidad Christiana las imperfecciones de los que la practican. Si el que se dá á la devocion tiene aún sus flaquezas y sus pasiones, las tiene porque es hombre, y no porque es virtuoso. Está tan lejos de ser quien las fomenta y las apoya la virtud, que es la primera en darle con ellas en rostro, y no cesa jamás de hacerlas guerra. Si no sale siempre vencedora, y á veces prevalecen las pasiones, este es el desorden nuestro, no suyo. Fuera de eso ¿es acaso puesto en razon pedir á la virtud verdadera, que porque en sí misma es perfecta y divina nos haga hombres perfectos desde luego? Como no presume ella que tiene poder de hacer unos santos impecables en esta vida, tampoco se le ha de atribuir que los que se empeñan en seguir sus caminos estén sujetos aún á las fragilidades humanas. Levantar al hombre de sus caídas, humillarle con la vista de sus miserias, hacer que halle en sus mismas pasiones motivo y

materia de sus merecimientos, esto es en lo que se emplea, y esto de lo que se hace cargo; pero no de librarle al hombre de todos los pecados que es una dicha que no se halla sino en la bienaventuranza.

Pues no obstante, ese es otro efecto de la malignidad del mundo. ¿Toma un hombre por obedecer à Dios, y teniendo su salvacion à la vista, el partido de la virtud? Desde ese mismo punto no se le perdona nada, y se está en resolucion de tener por culpa quanto hace: desde ese punto no se le permite que tenga pasion ni imperfeccion: se quiere que sea irreprensible; y si no lo es, se forma de ello acusacion contra la virtud misma. Malignidad (dice San Gerónimo) la mas iniqua. Porque en fin, si la virtud ha de estar expuesta à la censura del mundo, à lo menos esta censura del mundo debe estar puesta en razon: y ya que el mundo no quiera hacerle à la virtud gracia debe hacerle justicia. ¿Pues por qué ha de estar preocupado contra ella de estos juicios? ¿Por qué ha de hacer contra ella estas suposiciones, imputándola como cosa propia lo que ella misma reprueba como digno de ser condenado? ¿Por qué esta oculta aversion contra los que la han abrazado? ¿Por qué esta inclinacion à burlarse de ellos, à humillarlos, à maliciar sus acciones mas inocentes y sus intenciones mas rectas, à disminuir las buenas calidades que tienen, y exagerar las malas si alguna vez dan muestra de tener algunas? ¿Nos portamos así con los demás? Y en entregarse al servicio de Dios hay alguna cosa que merezca el desprecio y el odio? Pudiera quedarme aquí para confusion del impio; mas la Iglesia pasa mucho mas adelante, y le pone à la vista para convencerle mas plenamente y con mayor claridad, unos hombres quales los concebía San Pablo, y tales en efecto como se manifestaron, conforme à la idea del Apostol; edificando al mundo y sirviéndole de modelos; unos hombres irreprensibles aun en el sentido en que el mundo quiere, y el disoluto pide que lo sean: unos hombres en los quales la piedad no fue presuntuosa, ni arrogante, ni acéda, ni crítica, ni cavilosa, ni disimulada, ni envidiosa, ni caprichuda, ni tercera, ni imperiosa.

Es-

Estos son los que la Iglesia saca à plaza contra la disolucion; estos bienaventurados, cuya memoria venera, son aquellos hombres perfectos que nos pone delante de los ojos. Unos hombres que estando por sí mismos sujetos à todos los vicios de los demás se preservaron de ellos, y los corrigieron con el exercicio y estudio de las virtudes Christianas: de donde se sigue que su santificacion, justificando el partido de la virtud, consiguientemente ha de cubrir con un eterno oprobio al licencioso que intenta hacerla despreciable. Su siglo, aunque estragado, los reconoció, y los publicó tales quales yo os los he pintado. Como à tales los han beatificado y canonizado los siglos siguientes: por el testimonio de todo el mundo los tributamos en este dia un culto tan solemne; y por esta razon dice la Escritura que están delante del trono de Dios, porque vivieron sin mancha delante de los hombres: *Sine macula enim sunt ante thronum Dei* (a). ¿Seremos tan injustos, que los pongamos à pleyto de una vez su santidad y su gloria? ¿Pero seremos al mismo tiempo tan ciegos, que no descubramos toda la debilidad del fundamento en que estriba la impiedad? Con que si el disoluto hace guerra à la santidad Christiana, yo os he mostrado claramente que el exemplo de los Santos dexa sin defensa su disolucion. El ignorante no conoce la santidad Christiana, y voy à mostrarle que el exemplo de los Santos hace que no tenga excusa su ignorancia. Esta es la segunda parte.

## II. PARTE.

No se puede dudar que San Pablo escribiendo à su discípulo Timoteo no tuviese à la vista los últimos siglos de la Iglesia, especialmente éste en que vivimos, quando entre los abusos que condenaba, y que ya desde entonces advertía en la Christianidad, se lamentaba principalmente de la ceguedad de ciertas almas engañadas que continua-

Tom. I. Adviento.

Dd

men-

(a) Apoc. 14. v. 5.

mente estudiaban la Religion, y nunca llegaban á la ciencia de la Religion; que aprendian todos los dias sus máximas y sus preceptos, y jamás llegaban á hacerse capaces de lo esencial y fundamental de ella; que se apuraban con la especulacion para hacerse inteligentes en ella, mas no la entendian jamás, porque nunca descendian á practicarla; en una palabra, que buscando el reyno de Dios no le hallaban en el efecto, porque le buscaban sin conocerle: estaban siempre lejos de la virtud sólida, porque con todo su estudio no habian formado jamás una idéa propia de la virtud: *Semper discentes, & nunquam ad scientiam veritatis pervenientes* (a). Esta es una de las desgracias que este grande Apostol mostró que amenazaban á la Iglesia de Dios. ¿Pues no es todo lo que vemos el dia de hoy? Por mas que el siglo en que hemos nacido se precie de entendido y de sutil, confesad, amados oyentes míos, que uno de los abusos que más reynan en él es dexarse preocupar de los errores mas groseros en lo que toca á la virtud verdadera y á la santidad Christiana. No quiero mas prueba de esta verdad que lo que vosotros sabeis, y estoy cierto de que sois ya de mi parecer en este punto.

Unos (no dexéis de atender á esto) ponen la santidad en lo que es conforme á sus sentidos, y otros en lo que es conforme á su gusto: unos en cosas extraordinarias y singulares; otros en extremos y en cosas desproporcionadas: unos en lo que resplandece y brilla: otros en lo que pone horror, y hace perder el aliento. Unos se la representan como cosa que está fuera de su estado; y otros se la proponen como cosa que está sobre sus fuerzas y sobre su poder: unos la imaginan contraria á la decencia y á las reglas que es preciso guardar en el mundo, y otros se forman de ella unas idéas contrarias á sus mas rigurosas obligaciones, y á los empleos particulares que tienen en el mundo: unos la ponen en ciertos medios, á los quales se limitan, no obstante que viven descuidados del fin; y otros

(a) 2. Tim. 3. v. 7.

la reducen á unas idéas fantásticas del fin, con las quales se satisfacen, no obstante que no cuidan de los medios; ¿Qué campo, Christianos, qué materia para vuestras reflexiones!

Pues yo digo que el exemplo de los Santos confunde todos estos errores; que nos hace ver sensiblemente, que en nada de esto consiste la santidad, de nada de esto depende, nada menos es, ó por mejor decir, es una cosa mejor, y mas conforme á la razon que todo esto. Porque los Santos con su exemplo nos predicán el dia de hoy una verdad; mas una verdad de gran fuerza, una verdad de edificacion, una verdad de consuelo, conviene á saber, que independientemente de nuestros sentidos y de nuestro gusto, que sin el resplandor de ciertas obras y de su austeridad, que sin salir de nuestra condicion, ni dexar los caminos trillados, que sin valerse de medios particulares, ni proponerse mas fin que el que nos prescribe la constitucion en que nos hallamos, toda la santidad, y la verdadera santidad está en cumplir con sus obligaciones, y en cumplirlas teniendo la mira á Dios; en ser perfectamente lo que se debe ser, y en serlo segun Dios; en portarse dignamente conforme al estado á que cada uno ha sido llamado de Dios. Esta es una verdad que desde luego reconoce con rendimiento nuestra razon, y basta entenderla para quedar persuadidos de ella: verdad que todas las Escrituras nos han enseñado; pero tenemos aún una prueba mas evidente de ella en estos grandes modelos que hoy nos pone Dios á la vista.

Porque libre de todas las ilusiones veo clara y distintamente en estos modelos que son los Santos, en lo que consiste el serlo; y lo veo sin dificultad, ni confusion de preceptos, como si la misma santidad se me manifestara y se me hiciera sensible. Y supuesto que no hay fuera de Dios cosa mas excelente, ni mas divina que una santidad de este caracter, es decir, una santidad fundada en las obligaciones propias, reglada por ellas, y reducida á ellas: desde que la miro de esta suerte, por mas concitado que



pueda estar contra mis obligaciones, me hallo forzado á emplear en ellas mi estimacion; y esta estimacion de que no puedo defenderme hace nacer en mí un amor secreto de ellas, de que aún puedo defenderme menos. Porque digo así: Esto es lo que yo habia de ser, esto es de lo que me han de reprehender siempre mi razon, mi conciencia, y mi Religión, si no lo fuere; esto digo, y la confesion que hago de esta verdad me sirve de testimonio infalible, de que á esto solamente se reduce lo que llamamos santidad.

No, Christianos, no llegaron estos bienaventurados, cuya fiesta solemnizamos, á ser Santos precisamente por haber hecho en el mundo por Dios cosas extraordinarias y ruidosas. Si las hicieron, y se refieren en las historias de sus vidas, dice San Bernardo, estas cosas ruidosas y extraordinarias podian bien ser efectos, y dimanar de su santidad; pero jamás han sido lo esencial, ni la medida de ella. Las hicieron porque eran Santos, mas jamás fueron Santos porque las hacian; y en efecto, sin esto podian ser Santos, como con ello podian dexar de serlo.

Podian sin esto ser Santos. ¿Quántos predestinados son ahora felices, y están en posesion pacífica de la gloria, que nunca hicieron en la tierra cosa alguna por la qual se llevasen la admiracion, ni sobresaliesen entre los demás? Y aunque las hubieran hecho, podian ser Santos sin ellas. ¿Quántos réprobos, que son víctimas de la justicia de Dios, y están entregados al fuego eterno, hicieron en el mundo obras de virtud, que fueron aplaudidas de los hombres al mismo tiempo que Dios los condenaba, y por ventura los reprobaba por esas mismas acciones que se juzgaban virtudes? Sin ellas fueran Santos: así lo fueron millones de escogidos, cuyos nombres están escritos en el Cielo, aunque desconocidos en la misma Iglesia. Se deleytó Dios, como nota San Agustin, en hacerlos Santos en la obscuridad de una vida comun y oculta; y quando los introduxo en su reyno no les dixo, entrad siervos fieles, porque hicisteis por mí cosas grandes, sino porque fuisteis fieles

en las mas pequeñas: *Quia super pauca fuisti fidelis.* (a) Nada menos que eso es menester para ser Santos; ó por mejor decir, con eso se compone el ser réprobos: así les ha de suceder á aquellos infelices que le dirán á Dios: Señor, ¿no profetizamos en vuestro nombre? ¿No lanzamos los demonios? Mas los responderá Dios: nunca os conocí, ni ahora os conozco. Sed Profetas y obradores de milagros quanto quisieris; no es ese el título por el qual discernio y hago eleccion de los que me pertenecen.

Tanta verdad es, Christianos, la que os digo, que siendo Maria la mas santa de todas las criaturas, no obstante por particular designio de la providencia es de quien menos milagros ha publicado el Evangelio: ¿mas qué digo? ¿Ha hecho mencion aun de uno solo? ¿Se nota siquiera en San Juan Bautista el Precursor de Jesu-Christo? Y no obstante eso, ¿no es él de quien el Salvador del mundo dió este glorioso testimonio, que entre todos los hijos de los hombres ninguno habia sido delante de Dios mas grande, ni mas Santo? Digamos lo mismo de otras muchas cosas con las cuales se confunde cada día la santidad: otro tanto de esas austeridades que el mundo admira, y no son quando mucho (segun el juicioso reparo de aquel Santo Obispo de Ginebra) mas que medios para caminar á la santidad, y no de ninguno modo la misma santidad. Hay en el Cielo Santos de primera magnitud, que no fueron jamás solitarios, ni austeros de profesion: el mismo Santo de los Santos, el Hijo de Dios no lo fue, ó á lo menos no lo pareció; y por ventura está lleno el infierno de hombres de gran penitencia, y de Anacoretas á los cuales perdió la vanidad.

Pues por dónde llegaron los Santos á serlo; y en qué consiste propiamente lo esencial de su santidad? Ah! Christianos, ahora es interés vuestro el escucharme, y veréis en dos palabras lo que basta para vuestra enseñanza y para vuestro consuelo.

(a) Math. 25. v. 21. *Quia super pauca fuisti fidelis.*

No fueron Santos, sino porque cumplieron con sus obligaciones; y cumplieron con sus obligaciones porque eran Santos. Estas son dos cosas, en cuya union se halla un caracter de razon y de verdad que se hace conocer sensiblemente. Santos, porque cumplieron sus obligaciones; es decir, porque supieron perfectamente concordar su estado con su Religion; mas de tal suerte, que su Religion fue siempre la regla de su estado, y jamás su estado prevaieció contra las máximas de su Religion. Santos, porque le dieron á cada uno lo que le era debido, la honra á quien se le debía la honra, el tributo á quien se le debía el tributo, la obediencia á los que Dios los habia dado por Señores, el gusto á aquellos en cuya compañía debian vivir, la asistencia á los que debian socorrer, el cuidado á aquellos que tenian á su cargo, á todos la justicia y la caridad, porque somos deudores de ellas á todos. Santos, porque con el proceder de su vida dieron honra á los ministerios de que estaban encargados, á las dignidades de que estaban revestidos, á los puestos en que Dios los habia colocado; porque sacrificaron su reposo, su salud, su vida á los empleos que corrian por su cuenta, á los trabajos que tenian que padecer, á las fatigas que habian de experimentar, á las congojas y molestias que habian de pasar necesariamente. Santos, porque en todas las cosas tuvieron mas cuenta con la conciencia que con el interés, mas con la virtud que con la fortuna, mas con la verdad que con la lisonja; porque tuvieron sinceridad en sus palabras, rectitud en sus acciones, equidad en sus juicios, buena fé en sus tratos. Santos, porque con sujecion á Dios se mantuvieron en el orden en que Dios los queria, sin elevarse, sin entremeterse, sin turbarse, sin quejarse, contentos con su estado, no turbando el de los otros, no envidiando la felicidad ajena, fieles con sus amigos, generosos con sus enemigos, reconocidos á los beneficios que recibian, sufridos en los males, olvidando las injurias, sobrellevando á los flacos: porque todo esto que digo se incluía en la extension de sus obligaciones, y todo les era necesario para ser Santos.

Mas añado, que porque eran Santos cumplieron con to-

todas estas obligaciones. Esta es otra verdad sin disputa. A la verdad solo la santidad les pudo servir de disposicion general y eficaz para el cumplimiento de todas estas obligaciones. Sin la santidad se hubieran rendido muchas veces á las tentaciones que hacen guerra á los hombres: en muchos pasos resvaladizos los hubiera abandonado su entereza y su rectitud, y al satisfacer una obligacion hubieran faltado á otra. Mas porque eran Santos guardaron toda la ley, y cumplieron toda justicia: porque eran Santos unieron en sí mismos las cosas al parecer mas opuestas y mas dificultosas de concordarse entre sí, la autoridad con la caridad, la politica con la sinceridad, las honras del siglo con la humildad, la aplicacion á los negocios con la devocion: porque eran Santos mantuvieron en el mundo sus dignidades con modestia, sus derechos con desinterés, su reputacion con un verdadero desprecio y entero desasimiento de sí mismos: porque eran Santos fueron humildes sin baxeza, grandes sin arrogancia, sencillos sin imprudencia, prudentes sin dobléz, zelosos sin pasion, animosos sin temeridad, mansos y pacíficos sin pusilanidad: porque eran Santos fueron señores de sí mismos, ó por mejor decir, no se aseguraron de sí mismos en la prosperidad; pusieron en Dios su esperanza, y estribarón en la fé para estar firmes en la adversidad. No acabára, si quisiera apurar esta materia, y particularizar mas lo que contiene.

Mas sea de eso lo que fuere, amados oyentes míos, la felicidad de estos gloriosos predestinados estuvo en no haber separado jamás su perfeccion de sus obligaciones; digamoslo mejor, su felicidad está en no haber conocido jamás otra perfeccion que aquella que los hacia cumplir las obligaciones que tenian. ¿Por qué es San Luis del número de los que hoy invocamos? Porque siendo Rey cumplió dignamente con las obligaciones de un Rey. ¿Y por qué cumplió dignamente con ellas sino porque fue un Rey Santo? No es necesario mas que consultar con su historia, y seréis de este sentir. Pues lo que digo de este Santo Rey, puedo decir igualmente, y con proporcion de los demás

Santos. Este es el fundamento de su gloria y de su bienaventuranza: esta exáctitud, este cuidado en sus obligaciones, este renunciarlo todo para hacerse perfectos en cumplirlas. Esto es lo que Dios ha premiado en los justos que escogió; y no hay que admirar, pues esto es precisamente lo que les costó, y lo que fue materia de los sacrificios que ofrecieron á Dios, y de las victorias que alcanzaron de sí mismos. Porque para no faltar á ninguna de sus obligaciones es preciso hartas veces mortificarse, renunciarse, hacerse fuerza. Qualquiera otra perfeccion fuera de ésta no hubiera tenido dificultad alguna para los Santos: mas por el mismo caso qualquiera otra perfeccion fuera de ésta no hubiera sido digna de la corona que Dios les preparaba.

Y ved ahí, Christianos, el mysterio que nosotros no queremos entender; quisieramos una santidad á nuestro modo, segun nuestros designios, segun nuestros deseos; es decir, una santidad que no nos costase nada; porque una santidad de esta condicion por mas rigurosa que parezca, ó pueda ser por otro lado, en siendo como la queremos nos parece facil. Mas Dios quiere que nuestra santidad consista en cumplir nuestras obligaciones, y estas siempre nos han de costar: fuera de ellas todo lo que nos parece santidad es puramente un fantasma de santidad, que no puede servir para glorificar á Dios ni para edificar á los hombres, y muchas veces solo puede servir para alimentar la soberbia y para hincharnos. Mas al contrario, la santidad verdadera, esta santidad comun en un sentido, pero en otro sentido tan rara, lleva consigo una cierta bendicion, de la qual Dios saca su gloria, los hombres se sienten movidos, y sin ostentacion, ni arrogancia nos contiene dentro de nuestra regla, y nos preserva de mil abusos. Acabo, y despues de haber hablado con el disoluto y con el ignorante, me resta hacer ver á un Christiano tibio, que supuesto el exemplo de los Santos, su floxedad está desnuda de pretextos. Esta es la última parte.

III. PAR.

III. PARTE.

Es necesaria, Christianos una autoridad tan grande como la de Dios para mandar á los hombres pecadores, que fuesen Santos, y que lo fuesen desde esta vida: *Sancti stote, quia ego sanctus sum* (a). Sed Santos, porque yo soy Santo. Era necesaria toda la autoridad de un hombre Dios para decir á unos hombres del mundo: Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto: *Estote ergo vos perfecti, sicut & pater vester celestis perfectus est* (b). No obstante, así hablaba Dios á su pueblo en la ley antigua, y así nos habla Jesu-Christo á nosotros en la ley de Gracia. Mas es preciso ver si podemos cumplir este precepto tan sublime y tan elevado, este precepto divino, y si es demasiado lo que Dios nos pide en esto, hallándonos con la debilidad á que la culpa nos tiene reducidos. No, amados oyentes míos, antes en eso mismo pretendo que Dios no nos executa por cosa que esté sobre nuestras fuerzas. Atended, porque esta es una de las mas importantes doctrinas, y el último efecto del exemplo que nos propone Dios en sus Santos.

Digo pues, que á pesar de las anchuras del espíritu viciado del siglo, á pesar de nuestra fragilidad, y de todos los estorbos que nos cercan, el exemplo de los Santos es para nosotros una prueba convincente de no sernos la santidad impracticable, ni imposible: no solo eso, sino que no hay en ella cosa tan difícil y tan rigurosa, que no traiga consigo el modo de mitigarla; y por consecuencia necesaria no nos queda pretexto para colorear nuestra floxedad, y para disculparnos delante de Dios de no aplicarnos á conseguir la santidad, y de no conseguirla con efecto: *Sancti stote.*

Nosotros ponemos la santidad en el órden de las cosas imposibles: primer artificio del amor propio para tener-

Tom. I. Adviento.

Ee

nos

(a) Levit. 11. v. 44. (b) Matth. 5. v. 48.

Nos parados en una vida negligente y aún desreglada. Nosotros nos figuramos esta santidad Christiana en un grado de elevacion tal, que juzgamos que no podremos jamás alcanzarla; y con una puslanimidad de espiritu de la qual queremos hacer cargo á Dios, y se la atribuimos quando la atribuimos á nuestra flaqueza, decimos como el transgresor Israelita: *Quis nostrum valet ad caelum ascendere?* (a) ¿Quién de nosotros podrá subir al Cielo? ¿Quién de nosotros podrá llegar á tal perfeccion? Mas Dios nos enseña bastantemente el dia de hoy á hablar muy de otra suerte: porque nos pone á la vista un millon de Santos, que fueron en este mundo lo que no juzgamos que se puede ser en él: que hicieron en el mundo lo que desesperamos poder hacer en él: que hallaron en el mundo la santidad donde tenian mas dificultades que vencer. Y si por este medio Dios nos cierra las bocas por una parte, nos abre el corazon por otra: ¿cómo? Porque resucita nuestra esperanza, y nos hace ver con estos exemplos, que lo podemos todo en el que nos conforta, y que si somos pecadores no depende sino de nosotros, por pecadores que seamos, el hacernos Santos.

Esto es lo que acabó de obrar la conversion de aquel incomparable Doctor de la Iglesia San Agustin. Una sola cosa le detenia, vosotros lo sabeis; mas esa sola dificultad se le hacia insuperable, y suspendia en él todas las operaciones de la gracia. Dios le decia interiormente que llegaría á salir con victoria de ella; pero se respondia interiormente á sí mismo, que excedia á sus fuerzas ese empeño. En este debate, si me es licito hablar así, en esta batalla entre Dios y él se quedaba siempre enemigo de Dios, y siempre esclavo de sí mismo, quiero decir esclavo de su pasion y de su culpa. En fin, la gracia victoriosa de Jesu-Christo le dió el último asalto, y se hizo dueño de la fortaleza de su alma. Fue este asalto en aquella vision maravillosa que él mismo nos declaró. Parecióle que veía la san-

(a) Deuteroni. 30. v. 12.

tidad en un semblante magestuoso, que se le ponía delante de los ojos, y le daba en rostro con razones llenas de vehemencia, y le mostraba un número casi infinito de Virgenes que la acompañaban, y parece que le decia para alentarle, y para despertar su confianza: *Tu non poteris quod isti, & istæ?* ¿Pues qué? ¿No has de poder tú lo que éstos y éstas pudieron? Esta voz, Christianos, fue la voz de Dios; y como la voz de Dios trastorna los cedros, y desmenuza los peñascos: *Vox Domini confringentis cedros* (a), no pudo Agustin resistirse á ella: aquel entendimiento recto que habia conservado, aún quando mas descaminado estaba, no pudo defenderse de razon tan convincente. Dexóse persuadir, dexóse mover, determinóse á querer, y á querer con efecto lo que no habia querido hasta allí mas que en apariencia; y lo quiso de allí adelante tan perfecta y eficazmente, que nada pudo despues hacer que vacilase su voluntad, ni la firmeza de su resolucion.

Pues lo que para San Agustin no era mas que una representacion, es el dia de hoy para vos, amado oyente mio, una verdad. No es sola la santidad en idéa, sino el mismo Dios de la santidad el que en esta fiesta os habla y os dice: Repara pecador, y mira estas almas bienaventuradas que he recogido de la tierra, cuyo número excede al de las estrellas del Cielo. Pon la vista en estos generosos atletas, que porque pelearon digna y santamente llegaron al término de su carrera, y gozan la corona de justicia que merecieron. Lo que hicieron ellos, ¿por qué no lo podrás hacer tú? ¿Por qué no lo has de hacer? *Et tu non poteris quod isti, & istæ?*

No sé, Christianos, si juzgais que tenéis mas vivas luces, ó mayor valentía de entendimiento que Agustin; pero sea lo que fuere, ved lo que le convirtió, y lo que por ventura no os convertirá á vosotros. Pero infelices de vosotros, porque si no obráre vuestra conversion servirá

(a) Psalm. 28. v. 5.

para vuestra condeñacion; y si llegais alguna vez á ser reprobados de Dios, ninguna cosa justificará mas sensiblemente respecto de vosotros la severidad de sus decretos, que la vista de tanto número de Santos, hombres como vosotros, y de consiguiente flacos como vosotros; pero todo se les hizo posible, aún con no haber tenido mas medios, ni mas auxilios que vosotros teneis: *Non poteris quod isti, & ista?*

Yo no ignoro que hay obligaciones difíciles y penosas en el ejercicio de la santidad: confieso que el camino que conduce á la perfeccion Evangélica es estrecho, y que se hallan cruces en él. Pero sobre que Dios sabe pagarnos muy bien, es de fé que tenemos mas de lo necesario para llevarlas, pues aún tenemos modo para amarlas; y quando no me asegurará de ello el Espíritu Santo, el exemplo de los Santos lo demuestra.

Hablando Tertuliano de Jesu-Christo, decia que el exemplo de este hombre Dios era la solucion universal de todas las dificultades de un Christiano: *Solutio totius difficultatis Christus*: porque no hay dificultad en la vida Christiana, que el exemplo de Jesu-Christo no nos deba suavizar, y aún hacer que se desvanezca, y no se halle. De suerte que despues de este solo exemplo no podemos concebir dificultad ninguna contra la guarda de la ley de Dios: pues este exemplo solo basta, si discurrimos bien, para hacernos todas las cosas no solamente llevaderas sino fáciles, y aún amables: *Solutio totius difficultatis Christus*. No obstante, por mas que haya dicho Tertuliano, restaba una gran dificultad, á la qual el exemplo de Jesu-Christo no quitaba la fuerza, porque nacia del mismo Jesu-Christo: ¿mas qual es ésta? Es que habiendo sido Jesu-Christo esento de nuestras flaquezas, siendo Santo por naturaleza, y siendo la omnipotencia misma, estaba mucho mas capaz que nosotros para hacer lo que hizo, y para padecer lo que padeció. Y así, despues del exemplo de este Dios hombre aún parece que teniamos razon para defendernos con nuestra falta de fuerzas, y darla por excusa: ¿pues á quien le tocaba hacer que se desvaneciesen estos pretextos? A los Santos. Por-

Porque quando veo unos hombres parecidos á mí, de mi misma naturaleza, fragiles como yo, que quanto hay emprendieron, padecieron, y lo padecieron con alegría por Dios, no tengo mas que responder. En vano intentára quejarme de lo pesado del yugo, y del rigor de la ley: tantos Santos á quienes este yugo se les hizo dulce, y hallaron en esta ley sus delicias, hacen cesar todas mis quejas, y condenan todas mis cobardías: de tal suerte que el exemplo de un Santo es para mí lo que era segun el pensamiento de Tertuliano, el exemplo de Jesu-Christo; una razon que plenamente, y sin réplica me convence: *Solutio totius difficultatis*.

En este mismo motivo insistia San Pablo para exhortar á los primeros fieles á practicar las obligaciones mas rigurosas de la ley Christiana. Sin darles muchos preceptos les ponía á la vista exemplos grandes: desde Abel hasta Moysés, desde Moysés hasta los Profetas ponía delante de sus ojos todos los Justos del Testamento Viejo: aquellos Justos escondidos en las cavernas, y errantes por los desiertos; aquellos Justos extenuados con los ayunos y consumidos con las penitencias; aquellos Justos acusados, calumniados, condenados, atormentados y muertos por la fé; aquellos Justos de los quales no era digno el mundo: *Quibus dignus non erat mundus* (a). Y bien, hermanos míos, concluía el Apostol, ¿qué nos podrá ya detener? Animados con estos exemplos ¿por qué no corremos por el campo que se nos ha abierto? y pues somos hijos de Santos ¿en qué consiste que no seamos Santos como ellos?

Pues este discurso de San Pablo debe tener aún mayor eficacia para nosotros; porque esta infinita multitud de Santos formados en la Religión de Jesu-Christo ha aumentado excesivamente el número de los testigos de que hablaba el Apostol de las gentes. Porque ¿qué podremos decir nosotros á vista de tantos Martires, no estando ya nuestra fé expuesta á la furia de las persecuciones? ¿No

PRO-

(a) Hebr. 11. v. 38.

probando ya Dios nuestra constancia con tormentos? ¿Pudiendo, como dice San Cipriano, ser Santos sin que nos haya de costar el derramar nuestra sangre? ¿Pues no somos (no reparo en explicarme de esta suerte) no somos los mas ruines hombres del mundo si las dificultades nos espantan? ¿No hacemos ultrage á la gracia de Dios, si pensamos que no puede mantenernos en unas penalidades; las mas veces muy ligeras, despues de haber hecho ella que hallasen dilturas sensibles los Santos en medio de los mas crueles suplicios, y de todos los horrores de la muerte? *Solutio totius difficultatis.*

No, hermanos míos, no tenemos ya pretexto; porque ¿qué pretexto podemos tener, digo otra vez, que no le destruya el exemplo de los Santos? Estamos ocupados en los cuidados del mundo: ¿y los Santos no lo estuvieron? Nos hallamos en ocasiones peligrosas: ¿y los Santos no se hallaron en ellas? El torrente de la costumbre nos arrastra: ¿y los Santos no le resistieron? El mal exemplo nos hace perdersnos: ¿y los Santos estuvieron libres de él? Tenemos pasiones: ¿y los Santos no las tuvieron mas vivas? Somos de una complexión delicada: ¿y los Santos eran de hierro ó de bronce? Dadme un estorbo de la salvacion que no hayan tenido que vencer. Dadme una prueba por la qual no hayan pasado. Dadme una tentacion que no hayan vencido. Comparemos nuestro estado con el suyo, nuestras obligaciones con las suyas, nuestros riesgos con los suyos; y á vista de la perfecta igualdad que en eso se halla entre ellos y nosotros, veamos si tenemos con que justificar la enorme oposicion que por otra parte se encuentra entre su vida y la nuestra; es decir, entre su fervor y nuestras anchuras, entre su inocencia y nuestros désórdenes, entre sus austeridades y nuestra delicadeza. ¿Pues qué le alegaremos á Dios en nuestra defensa quando nos confrontará con ellos? ¿Servían á otro Señor que al que nosotros servimos? ¿Creían otro Evangelio que el que nosotros creemos? ¿Esperaban otra gloria que la que nosotros esperamos? Si la compraron mas cara que nosotros, esto es de lo que debemos temblar; pues es cierto

que

que á qualquier precio que se les haya vendido no les costó demasiado, y que en su justo valor excede sin medida á todo lo que hicieron, y á quanto nosotros no hacemos, y debiamos hacer para poseerla.

Mas despues de todo esto decís algunas veces: ¿cómo es posible concordar la santidad Christiana con los embrazos del mundo? ¿Cómo es posible ser Santos, y vivir en ciertos estados del mundo? ¿Cómo? Extraña cosa es que no lo sepáis teniendo tanto interés en saberlo; y es cosa indigna que lo ignoreis, habiendo debido estudiar, y meditar en ello todos los dias de vuestra vida. Pero Dios quiere enseñaros esto el dia de hoy, y hacer que lo veais en sus Santos. Vosotros os figurais que vuestro estado tiene oposicion, y que es absolutamente incompatible con la santidad: engaño grande. Si eso fuera, lo que llamais estado vuestro fuera en vosotros un delito; y sin mas razon que esa era obligacion precisa dexarle y renunciarle; mas siendo ese vuestro estado, y siendo en el que Dios os ha puesto, agraviais su providencia, y haceis una injuria á su sabiduría en mirarle como estorbo de vuestra santificacion. No hay en el mundo estado que no sea y deba ser estado de santidad. Tertuliano parece que quiso hacer alguna excepcion, quando dudó, si los Cesares, es decir los Emperadores que gobernaban el mundo, podían ser Christianos, ó si los Christianos podían ser Cesares; pero es cierto que dudó mal, pues la experiencia ha manifestado que no hubo en todos los siglos sujetos mas aptos para el Imperio, ni mas capaces de mandar, que los que ha formado la Christiandad para ese empleo.

Mas sin hablar de Cesares, ni Emperadores, seais quien fuereis, Dios os muestra bien en esta solemnidad que puede componerse muy bien la santidad con vuestro estado. ¿Quereis quedar convencidos de esta verdad? Pues considerad aquel augusto Reyno de la gloria, en el qual reynan con Dios tantos bienaventurados. Vereis en él Santos que tuvieron en el mundo las mismas dignidades que vosotros, que tuvieron las mismas ocupaciones, los mismos

cui-

cuidados, los mismos empleos, y no solamente se hicieron Santos en ellos, sino que tambien (lo que os pido que reparéis con cuidado) se sirvieron de ellos para hacerse Santos. Recorred todos los órdenes de estos ilustres predestinados, hallareis que hay entre ellos quienes vivieron como vosotros al lado de los Príncipes, y nunca sirvieron mejor á sus Príncipes que quando mas se entregaron á su Religion y á Dios. Hallareis entre ellos á los que se señalaron como vosotros en la guerra, y por ventura mas que vosotros; porque la santidad estuvo tan lejos de disminuir sus alientos, que no hizo sino aumentar en ellos la virtud militar y el verdadero valor. Hallareis entre ellos á los que como vosotros tuvieron el manejo de los negocios, y si no sois tan Santos como ellos (no os ofendais de lo que digo) es porque los manejaron mas dignamente y mas irreprensiblemente que vosotros. Hallareis entre ellos á los que sola la virtud conservó en la Corte, que se adelantaron en ella sin recurrir á los artificios de la política del mundo, y debieron únicamente su reputacion á su rectitud y á su piedad. En una palabra, hallareis entre ellos hombres que fueron lo que sois, y con todo eso fueron Santos.

Si, Christianos, hay Santos de esta calidad en el Cielo, y éstos son los que vosotros debeis especialmente honrar. Estos son vuestros patronos, y juntamente vuestros modelos. Los Santos que no pervirtió la Corte, y aún en la Corte triunfaron de la iniquidad del mundo, son en cuya vida debeis estudiar, porque la ciencia de su vida es la que ha de reformar la vuestra. ¿Qué hicieron ellos quando estaban en mi lugar, y qué hicieran ahora si estuvieran á riesgo de los deslices á que me expone mi condicion? Esto es lo que habeis de preguntaros á vosotros mismos, y sobre lo que debeis reglar todos vuestros pasos. En los otros Santos alabareis y bendecireis á Dios: pero en éstos aprenderéis á convertirlos y á salvarlos. Esto es en lo que la providencia de nuestro Dios es igualmente amable, y digna de ser adorada, por habernos dado en sus escogidos

otras

otras tantas idéas de santidad, quantas eran necesarias para formar esta variedad mysteriosa, de la qual la Esposa de Jesu-Christo, que es la Iglesia, saca segun el Profeta su mas bello adorno: *Circumdatus varietate*. (a) Por esta misma razon enseñó San Gerónimo, repartiendo Dios su gracia, y dexándola tomar formas diferentes segun las personas que la reciben: *Multiformis gratia Dei*; (b) formó Santos de todas suertes, como lo pedia la diversidad de condiciones, de complexionés, de genios, de talentos, de inclinaciones para la perfeccion y santificacion de todo el mundo. Con esta mira escogió pobres y ricos, ignorantes y sábios, robustos y delicados, del estado del matrimonio y del celibato, en la rota y en las armas, en el trato del mundo y en el retiro; con esta mira tuvo complacencia en formar los mayores Santos en los mismos estados en que la santidad parece que tiene mas dificultades que vencer: prodigios de humildad en el trono, de austeridad en medio de las delicias, de recogimiento y cuidado de sí mismo entre el embarazo y el tumulto de los cuidados temporales: con esta mira los proveyó á todos de las gracias de la vocacion, de las gracias de la perseverancia, de los remedios contra el pecado, de los medios de la salvacion proporcionados á lo que eran, y á la suerte de vida que abrazaban: y en fin, por un secreto de la predestinacion que no podemos nosotros bastantemente admirar, no quiso que hubiese ni una sola profesion de vida en el mundo, que no tenga sus Santos glorificados y reconocidos como Santos. ¿Por qué? Porque no solamente no hubiese en el mundo persona que pudiese atribuir con razon á su profesion los desahogos de su vida; sino que no hubiese persona, á la qual su misma profesion no le pusiese á los ojos un retrato vivo de la santidad propia de ella.

— Tom. I. Adviento. Ff 64. v. 20. (a) Psalm. 44. v. 9. (b) 1. Petr. 4. v. 10. 20.

(a) Psalm. 44. v. 9. (b) 1. Petr. 4. v. 10. 20.

Esta doctrina habla generalmente con todos los que me oyen: pero tengo el consuelo, Señor, predicandola en presencia de V. M., de hallar en el corazon y en la grandeza de su alma quanto puedo desear de favorable y ventajoso para hacer que por sí mismo la conozca. Porque hablo á un Rey, cuyo especial carácter es haber sabido hacerlo todo posible, y aun facil, quando ha sido necesario executar empresas grandes, ó por la gloria de su Corona, ó por la de su Religion. Hablo á un Rey que para triunfar de los enemigos de su Estado ha hecho milagros de valor que no creerá la posteridad, porque son mucho mas verdaderos que verisimiles: y por triunfar de los enemigos de la Iglesia hace he y milagros de zelo, que apenas los creemos quando los estamos viendo: tanto exceden á nuestras esperanzas. Hablo á un Rey que escogió Dios para cosas, de las quales sus Augustos antepasados no se atrevieron, ni aun á formar el designio, porque él solo podia ser el autor y juntamente el executor de ellas. Este zelo de los intereses de Dios y del culto verdadero de Dios, Señor, es el que hace Santos á los Reyes, y este ha de ser el término del destino glorioso de V. M. Siendo V. M. superior á todo lo grande que hay en el mundo, no podia creer mas segun el mundo, pues habia quasi agotado la gloria del mundo, y era una necesidad dichosa para V. M. que en adelante consagrarse á Dios su vida y sus heroicos trabajos.

Dios ha dado á V. M. por herencia el reyno, mas floreciente de la tierra, y le prepara en el Cielo el Reyno de sus escogidos. Entre estos dos reynos se halla V. M. como dividido: mas con esta diferencia, que debe mirar el primero como la materia de sus obligaciones, y el segundo como el premio de sus virtudes. Pues no aprenderá V. M. el secreto de concordarlos á un tiempo, quiero decir, de gobernar bien el uno, y merecer el otro, sino en las máximas de la santidad Christiana. Porque con ella (dice la Escritura) exercitan los Soberanos sobre sus vasallos el absoluto poder que Dios les ha concedido: *Per me Reges regnant.*

*nant.* (a) Con ella se desempeñan con ellos de las obligaciones que Dios les ha impuesto. En una palabra: por la santidad Christiana los Reyes son las imágenes de Dios, los ministros de Dios, los hombres de Dios. Estos es, Señor, lo que á V. M. ha dicho Dios por mi boca, y lo que ha dicho á V. M. en tantos años en que he tenido la honra de anunciar á V. M. su santa palabra. V. M. la ha recibido, la ha honrado como á palabra del todo poderoso, y del Rey de los Reyes: ella será para V. M. una palabra de vida y de salvacion eterna, que yo deseo á V. M. &c.

(a) Prov. 8. v. 15.

SER-  
 uno que se extenderán las virtudes mismas de los Cielos  
 pues no solo harán que de proveer se reduca los hombres  
 producho tanto es por cada equidad. Señales trabajos  
 que se pretenden con ellas deparar a todas las  
 cosas, pues pretenden con ellas deparar a todas las  
 Christian por prescripciones de su última voluntad. Señales provee-  
 les dignas de veneracion, pues nos las ha dió el mismo Jefe  
 A un riguro; habiéndole señalado en el Cielo y en la tierra. Señal  
 Eslo de este dia la idea de la revolucion mas exacta y perfecta  
 En estas virtudes produccion de los Cielos nos ha dió el Jefe  
 Dios ha de cumplir el honor de los hombres del universo.  
 OR el cumplimiento de esta predicacion del Hijo de  
 Señor.